

Accésit

Gabriel Trejo González

Muerte de un poeta

Estos días azules y este sol de la infancia...

El cansancio hizo presa en el poeta que, guardando el trozo de papel en su chaqueta, se recostó sobre la cama mientras una dulce debilidad le acunaba entre sus brazos invitándole a soñar. Y soñó en duermevela. Soñó con Leonor... tan lejos y nunca olvidada; con Soria, aquella parda tierra de España, con sus serrijones y el agradable frescor de las riberas del Duero; con Federico, ese muchacho de ojos de fuego, cantarina sonrisa y vigorosa juventud. Se sintió transportado a los años en Madrid, con sus cafés y su animada vida literaria. Todo aquello le hacía sentirse feliz, hasta que la voz de su cuñada asomó a sus oídos y le hizo volver a la fría y triste habitación de aquella pensión francesa.



—¿Cómo está Antonio?

El leve arrullo de su hermano José, que permanecía sentado junto a su lecho, apenas le fue audible. Habría sido José o su mujer quien le había desvestido y acostado junto a la cama que ocupaba su madre. Con mucho esfuerzo giró el cuello y pudo verla mientras dormía plácidamente con una respiración débil pero acompasada. Intentó hablar con José, pero, aunque su mente ordenó, sus cuerdas vocales no obedecieron y el abandono de su cuerpo volvió a sumergirle en las profundidades de sus recuerdos.

Sevilla y el olor a azahar. La luz cristalina y el suave ronroneo de las hojas mecidas por una agradable brisa. Su padre paseando por aquel viejo despacho mientras tarareaba las coplas recuperadas en las tabernas de mal vino, pero buenas gentes.

*Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio.
Mi padre, aún joven (...)
A veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto.*

Oh ¡¿sería posible que recordase el olor del joven cuerpo de Leonor? Aquella niña de ojos vivos y piel trigueña. La diosa de voz pausada y amor intenso que endulzó su aburrida vida de profesor de instituto de provincias,

*Una noche de verano
estaba abierto el balcón
y a la puerta de mi casa
la muerte en mi casa entró.*

—¿Se ha despertado?

—No —el hermano del poeta que le había acompañado desde su salida de Madrid, suspiró y acomodó su cuerpo que ya empezaba a dar signos de cansancio—, creo que le ha subido un poco la fiebre.

Mientras, el poeta, vagaba en sueños por Segovia paseando con Guiomar, la mujer casada que, como al viejo olmo de las lluvias de abril y el sol de mayo, hizo que en su corazón floreciesen de nuevo las hojas de la ilusión. Guiomar. Sí... Pilar... mi poetisa... mi musa. Revivió los clandestinos paseos y las miradas intensas... y los besos. ¿Llegó a besar a Guiomar o sólo era un espejo deformado de la realidad?

*Tu poeta piensa en ti.
La lejanía es de limón y violeta,
Verde el campo todavía.
Conmigo vienes Guiomar,
nos sorbe la serranía*

—Está aquí el médico —la voz de una mujer con un leve acento francés llenó de vida la habitación—. No se preocupen por los gastos. Sabe que el enfermo es el poeta español. Es un republicano fervoroso y un amante de la poesía.

—El suave fru fru de las ropas del galeno y la humedad que sintió en las sienes hizo que el poeta reviviera de su somnolencia.

—Tiene mucha fiebre y está muy débil. Tenemos que esperar que las medicinas hagan su trabajo —el poeta notó que aquel hombre desprendía un suave y agradable olor a tabaco y madera. —Por ahora sólo nos queda la paciencia como arma, las demás han sido ya utilizadas. —Concluyó en un aceptable castellano.

El poeta siguió vagando entre dulces recuerdos y amargas realidades.

Madrid y aquel frío piso de la Calle General Arrando, desde donde oía el tronar de las bombas que caían sobre la capital. La visita de Rafael Albertí.

—Antonio...tienes que irte.— El joven poeta gaditano se empeñaba en que abandonase Madrid. —El Gobierno ha dispuesto un coche para ti. No quieren que te suceda lo de a Federico.

—Pero tengo familia —insinuó con cierto pudor.

—No tienes ni que pedirlo. Se irán todos contigo. Hay dos coches preparados.

Abandonó aquel Madrid que hacía poco se había despedido del maestro Valle Inclán y del poeta Villaespesa. Afortunados ellos que no vieron la sangre empapar el alma de la ciudad, ni la huida de quien había alabado su valentía.

*"Madrid, Madrid, ¡qué bien tu nombre suena
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarró, el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas".*

Abrió los ojos brevemente. La noche había caído. José ya no ocupaba el sillón verde, en su lugar permanecía de vigilia el joven francés que no se había despegado de su familia desde que cruzaron la frontera. Era un guapo muchacho que trabajaba en un colmado. Un joven admirador que les había facilitado camisas para su hermano José, compañía para sus almas desechas y el café que tanto tiempo hacía que no tomaban.

—Me ha parecido verle sonreír —dijo el muchacho—.

Quizás al poeta se le había dibujado una tenue sonrisa al recordar los atardeceres serenos de Villa Amparo. La suave y dulce brisa del Mediterráneo que acariciaba su cuerpo y saciaba su alma. Jardines, rosales, limoneros, el caudal sereno de la acequia. La visita de las jóvenes promesas: Vicente Gaois —un adolescente con el bachillerato recién cumplido.— Rafael Ferreres, Juan Gil Albert. Sangre joven y fresca de la poesía de su querida España.

Volvió a sumergirse en las turbias tinieblas de su abismo, y esta vez la luz se volvió opaca y gris. Se vio cruzando la frontera, asido al esquelético brazo de su madre mientras la lluvia caía cruel, feroz, lacerante, sobre aquella caravana de derrotados que arrastraban unos dolidos cuerpos de húmedos y oscurecidos ropajes. Caminaba lento, parsimonioso, ajeno al frío y a los lamentos de los que se abandonaban exhaustos en la cuneta. Sus ojos se habían hartado de tanto dolor, de tanta miseria, que su alma se había enmohecido hasta el punto de volverse casi apático a todo lo que le rodeaba. A todo no. Le preocupaba la figura de la anciana que caminaba a su lado: su madre, que con ochenta y cinco años seguía manteniendo la misma luminosa sonrisa que la había caracterizado.

Antonio...hijo... ciérrate el gabán que te está entrando agua por el cuello.

El poeta obedeció como hacía siempre. Sabía que no hacerlo supondría una dulce regañina, y el intento por parte de su madre de encaramarse a su cuello para cerrar aquel viejo abrigo al que no le quedaban apenas botones que abrochar.

Sintió encogerse el corazón cuando sus pasos cansinos y derrotados le acercaron al puesto fronterizo donde los guardias controlaban la columna de derrotados. El poeta no había sentido miedo durante el viaje, pese a la amenaza

constante de los aviones fascistas. Incluso se había negado a arrojar a la cuneta como había hecho gran parte de la columna de exiliados.

—Es natural tener miedo José —le había dicho a su hermano que le recriminaba constantemente que no se pusiera a resguardo—, pero aunque sólo fuera por decoro no podemos dar ese espectáculo. Por otra parte, si cayese una bomba, como ésta lleva en sí mismo la solución a mi problema vital, pues no hay que apresurarse ni perder las composturas.

—Pero, si tú te quedas dentro del coche, mamá se niega a salir.

—Es que tu madre ha leído a los estoicos, algo que vosotros no habéis hecho.

Y con la sonrisa de siempre, buscaba con la mirada a aquel jornalero andaluz que le proveía de tabaco de vez en cuando.

— “Don Antonio ...*pa uzted* siempre estará mi petaca dispuesta” —le había dicho en varias ocasiones—.

Aquel crío de apenas veinte años, en cuyo labio superior había pintado un rubicundo bozo que le hacía aún más joven, le había hablado de su amigo Miguel.

—Era más flaco que *uzted* don Antonio...pero también decía cosas *mu* bonitas... nos recitaba todas las noches cosas de uno de Granada que mataron los fascistas...y cosas tuyas que mandaba a sus hijos... una de ellas me gustó mucho... era una nana para los chiquillos que se llamaba la nana de la cebolla... no me acuerdo del nombre don Antonio.... Es que uno no tiene mucha memoria ...sabe *uzted*... y a veces es mejor ser desmemoriado, porque con lo que hemos visto hacer no sé cómo no se nos ha ido la chaveta.

El poeta le miraba complacido al saber que la poesía de su entrañable amigo Miguel Hernández había llegado a los jóvenes que luchaban por la libertad y el progreso de esa España que tanto le dolía.

—Cuando lleguemos a Francia ya podía usted leernos algunos de sus poemas como hacía el camarada Miguel, que no me acordaba ¡leches! Miguel Hernández, Don Antonio. Así se llamaba el camarada poeta.

El poeta asentía con un gesto que podía ser un sí o un no. Quienes le conocían sabían cómo le mordía la timidez y su enfermiza humildad, siendo casi imposible hacerle recitar alguno de sus poemas. Lo había hecho a regañadientes en Soria en el homenaje que le dieron a los veinte años de su huida, porque huyó de la ciudad por el dolor que le supuso la muerte de aquella chiquilla de ojos trigueños y hablar cadencioso de la que se había prendido desde el primer día que la vio.

*Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.*

Un cielo azafrañado fue el preludio de una cadenciosa lluvia que purificó el ambiente de la ciudad. José bajó las escaleras despacio, como si no quisiera llegar al final. El resto de la familia se encontraba reunida en el salón de aquel pequeño hotel.

—Antonio ha muerto.

Estos días azules y este sol de la infancia...

Oriol

